

## “CLARÍN CUENTISTA”

Estoy sumamente agradecida por esta invitación de parte del Ateneo de Madrid para participar en el ciclo de conferencias dedicadas a cuatro aspectos de la obra de Leopoldo Alas, “Clarín” (1852-1901). Siendo mi intervención la que inaugura dicho ciclo, quisiera empezar con unas palabras introductorias acerca de la significación de la figura de Leopoldo Alas en cuanto persona así como escritor.

“[E]l provinciano universal” le calificaría en 1936 su biógrafo Juan Antonio Cabezas, denominación en su caso sumamente apta (y designación que en décadas posteriores terminaría por aplicarse a más de un creador español nacido y domiciliado fuera de la corte...) Lo que nos llama la atención al leer hoy en día a Leopoldo Alas es su gran modernidad: autor de una de las grandes novelas decimonónicas, *La Regenta*, que sigue fascinando a generaciones de lectores, y de otra, *Su único hijo*, cuya inquietante ambigüedad anticipa la literatura del siglo veinte; de un centenar largo de cuentos y novelas breves gran parte de los cuales rebosan de una considerable actualidad; y de una vasta obra ensayística y periodística que pronto le valdría la fama de ser el crítico más temido de su tiempo, obra cuya vigencia, tanto temática como moral, constituye todavía otro rasgo de su modernidad, Clarín es un escritor no sólo de su siglo, sino del *Siglo pasado* (título, por cierto, de su último volumen de crítica) así como del que con tanta fanfarria se acaba de estrenar.

Gran conocedor de otras literaturas – además de las clásicas (que, como catedrático de derecho romano, leería en el original), la alemana (fue un gran admirador de Goethe), la inglesa, la italiana y, sobre todo, la francesa–, poseía Leopoldo Alas una cultura inmensa que impregnaría todo lo que escribió... para el deleite de generaciones de lectores que hayan sabido captar los múltiples niveles de referencias y alusiones que enriquecen todo lo salido de su pluma. Que estuviera en Madrid, donde pasó la década de 1870

de estudiante y periodista novel y adónde volvería con cierta frecuencia en años posteriores, o bien en su *querida patria* asturiana, adonde volvería para establecerse definitivamente al ser nombrado en 1883 catedrático de aquella universidad, sería siempre un personaje público polémico, con una legión de grandes amigos... y de grandes enemigos también.

Sea por escrito, sea por vía oral –sirva de ellos el testimonio de su colega y discípulo Adolfo Posada— defendía siempre Leopoldo Alas sus convicciones. Era, ante todo, un hombre liberal.

### Retrato del Ateneo

Durante su época madrileña frecuentaba con asiduidad el Ateneo de Madrid, ubicado en aquel entonces en la calle de la Montera, en cuyas polémicas discusiones participaría con entusiasmo. Lo cierto es que figura dicho organismo, tan vinculado con la historia artística e intelectual decimonónica de este país, en la obra crítica así como narrativa clariniana, según podría servir de ejemplo la evocación del ambiente del Ateneo en los años 1870 que figura en los capítulos V y VI de una narración inacabada titulada *Sinfonía de dos novelas* (*Su único hijo*. –Una medianía), reproducido en el segundo tomo de los recién publicados *Cuentos completos* de Clarín. El fragmento, cuyo protagonista se llama Antonio Reyes –el mismísimo hijo, ya mayor, de Bonifacio Reyes y Emma Valcárcel, con cuyo nacimiento y bautismo concluye *Su único hijo*–, es de un enorme interés, no sólo para los interesados en la literatura española del siglo XIX sino

también —sospecho— para los socios del Ateneo actual. Por ello reproduciré a continuación unas cuantas citas que quizá les animen a leer el texto entero:

[. . .] dio Antonio media vuelta automática, echó a andar hacia la Carrera de San Jerónimo, descendió por ésta, atravesó la Puerta del Sol, tomó por la calle de la Montera arriba y entró en el Ateneo.

Se vio, sin saber cómo, en aquellos pasillos tristes y oscuros, llenos de humo: allí el calor parecía una pasta pesada que flotaba en el aire, y que se tragaba y se pegaba al estómago. Sin saber cómo tampoco, sin darse cuenta de que la voluntad interviniese en sus movimientos, llegó al salón de periódicos, se fue hacia el extremo de la mesa, y se sentó [. . .].

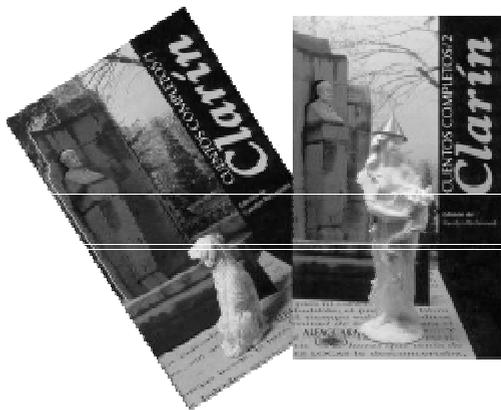
“¡Qué país!” se puso a pensar Reyes, sin darse cuenta de ello; él, que hacía alarde desde muy antiguo de despreciar el país absolutamente y no acordarse de él para nada. “¡Qué país! Todo está perdido;” [. . .]

En el salón de periódicos comenzó cierto movimiento de sillas y murmullo de conversaciones en voz baja. Los socios pasaban a la cátedra pública. Los gritos de un conserje sonaban a lo lejos, diciendo: “¡Sección de ciencias morales y políticas! ¡Sección de ciencias morales y políticas!...”

## VI

La cabeza de Cervantes de yeso, cubierta de polvo, bostezaba sobre una columna de madera, sumida en la sombra; y los ojos de Reyes, fijos en ella, querían arrancarle el secreto de su hastío infinito en aquella vida de perpetua discusión académica, donde los hijos enclenques de un siglo echado a perder a lo mejor de sus años, gastaban la poca y mala sangre que tenían en calentarse los cascos discurriendo y vociferando por culpa de mil palabras y distingos inútiles, de que

el buen Cervantes no había oído jamás hablar en vida. Sobre todo, la sección de ciencias morales y políticas (pensaba Reyes que debía de pensar el busto pálido y sucio) era cosa para volver el estómago a una estatua que ni siquiera lo tenía. [. . .]



En los pasillos también se disputaba. Eran algunos jóvenes que, sin sospecharlo siquiera Reyes, despreciaban las disputas de la sección. Hablaban también de filosofía, pero no tenía nada que ver su discusión con la de allá dentro: éstos habían venido a parar a la cuestión de si había o no metafísica a partir de la última novela publicada en Francia [. . .]. Un joven moreno, pálido, de ojos azules claros y muy redondos, soñadores, o por lo menos distraídos, hablaba con descuido, sin atar las frases, pero con buen sentido y con entusiasmo contenido.

--¿Quién duda, señores, que, en efecto, el positivismo ha de ir... no digo que sea en este siglo ¿eh?, pero ha de ir poco a poco..., vamos, modificándose, cambiando, para acabar por ser una nueva metafísica?...

### **Clarín, sus centenarios y otras conmemoraciones**

Antes de pasar a la cuantística clariniana propiamente dicha quisiera sobre todo a los que menos memoria *efectiva* —o sea, histórico-real; no me refiero aquí a la *virtual*-- tienen de las últimas décadas treinta hasta la setenta, aproximadamente, de España recapitulando unos cuantos hechos relacionados con nuestro autor que no conviene relegar, voluntariamente o no, al olvido. Es corta la memoria colectiva.

Murió Leopoldo Alas de una tuberculosis intestinal el 13 de junio de 1901, a los cuarenta y nueve años de edad. Es éste el centenario que estamos conmemorando —y con creces, dicho sea de paso-- este año: no sólo se han ocupado de él los especialistas, con congresos internacionales en Barcelona y Oviedo, sino que hasta han llegado a involucrarse los políticos por medio de la formación de una Comisión nacional... ¡Qué situación más irónica después de tanto tiempo, de tanto vituperio y de tanto olvido!

Según dejo constancia más detallada en otro sitio (“Liberal convencido”), aunque pasarían las obras de Alas al olvido en los años inmediatamente después de su muerte —cosa por lo cierto nada inusitada--, sí existen testimonios de la admiración que le tenían tanto Unamuno (Adolfo Alas, ed. *Epistolario*), Azorín (“Oviedo”) y Pérez de Ayala (“Clarín’ y don Leopoldo Alas”) como el antes referido Adolfo Posada. Un primer intento de editar al comienzos del siglo veinte las *Obras completas* de Alas se suspendió tras la publicación del cuarto volumen. Vino luego la guerra civil, uno de cuyos horrores sería el asesinato en 1937, por los nacionalistas, de Leopoldo Alas, hijo mayor de nuestro autor y rector en aquel entonces de la Universidad de Oviedo.

El segundo hijo, Adolfo, estaba afiliado desde hacía algún tiempo, al bando fascista, algo que se trasluce sin lugar a dudas —al

contrario, con un entusiasmo desenfrenado-- en los prólogos y notas a los dos *Epistolarios* que publicaría poco después del final de la contienda. La deliberada falsificación en dichos textos de las ideas de su padre, de la que se da una muestra en el antes aludido artículo mío, no ayudó mucho sin embargo en la reparación del *honor* literario de su padre, cuyo nombre siguió siendo menospreciado --o bien, eliminado-- en los manuales de literatura española publicados en este país y cuya obra literaria daría campo libre para las tijeras de la censura. Sin embargo, algunos críticos españoles íntegros y *valientes* —piénsese, por ejemplo, en Emilio Alarcos, Mariano Baquero Goyanes, Francisco García Pavón y el infatigable José M<sup>a</sup> Martínez Cachero-- dedicaron estudios valiosísimos a la obra clariniana.

Gracias a ellos en gran parte se llegó a celebrar en el año 1952 —de modo bastante silencioso, claro está... según correspondía al ambiente enrarecido por aquel entonces de la investigación universitaria-- el primer centenario del nacimiento de nuestro autor, efemérides solemnizada en un número especial de la erudita revista *Archivum* y difundido a un público algo mayor por la entonces perseguida revista *Ínsula*. Mientras, en el extranjero empezó a *floreecer* el campo de los estudios clarinianos...

Menos desconocida es, para el público general, la historia más reciente: el éxito que alcanzó en el 1966 la primera edición de bolsillo de *La Regenta*; la conmemoración en 1981 de los ochenta años de la muerte del autor, dejando así libre de derechos toda su obra; el centenario en 1984 y 1985 de la publicación de *La Regenta*, con congresos internacionales y una oleada de publicaciones de toda clase; y por fin, el presente centenario —con sus congresos y Comisión nacional-- de la muerte de Leopoldo Alas, motivo entre otras cosas de estas palabras mías.

### Los relatos de Clarín

También está sirviendo esta ocasión – pues se trata de un año largo-- para volver con ojos nuevos a su producción literaria, cuya vigencia para el lector de hoy se está poniendo de manifiesto cada vez más ante un público más amplio por medio de números especiales y artículos dedicados a Clarín en la prensa del día (por ejemplo, *ABC*, *La Vanguardia*, *Época*...) así como por ediciones de obras suyas, como viene de ocurrir en el caso de los antes citados *Cuentos completos*, cuya publicación ha coincidido felizmente con el presente centenario, llegando así a aprovechar del consiguiente incremento de conocimiento por parte del lector no especializado. Además de reunir en sus dos volúmenes todos los cuentos y novelas cortas recopilados en su día por el autor, ofrecen por vez primera al público general un número importante de narraciones --algunas de ellas inacabadas-- hasta ahora inéditas o de otro modo inaccesibles, siendo esto, junto con un “Cuadro cronológico de los relatos y fragmentos narrativos de Clarín”, lo que constituye un adelanto importante en el conocimiento de este aspecto fundamental de su obra de invención. Del contenido de estos dos tomos y del papel desempeñado por su narrativa breve en la literatura de Leopoldo Alas quisiera ocuparme brevemente en el tiempo y espacio que me quedan.

Para empezar, celebremos el hecho de que hoy en día el relato –tanto el cuento como la novela corta, que no tan fácilmente pueden diferenciarse entre sí--, género que siempre se ha subvalorado, esté gozando cada vez más del prestigio artístico que tanto se merece. En el caso de Clarín, su extensa, y valiosísima, labor cuentística, y con ella su extraordinaria segunda novela *Su único hijo*, se han visto *aplastados* –casi literalmente-- por la fama de la historia de las vacilaciones, tentaciones y subsiguiente *caída* de Anita Ozores en la primera --y

voluminosa-- novela de Clarín, *La Regenta*, una fama merecidísima desde un punto de vista literario, claro está, pero también – desde su publicación original— debida en gran parte a factores extraliterarios tales como su anticlericalismo así como las *escandalosas* fantasías eróticas del protagonista cura, temas tan *censurados* en su día por lectores neo-católicos o pudorosos como por los *valedores* franquistas de la moral pública durante los primeros veinticinco años después de la guerra civil. Según sigue ocurriendo en el caso del *Quijote* en relación con el resto de la obra de Cervantes, la de Leopoldo Alas ha sido ensombrecida por *La Regenta*.

Hasta ahora. Y también debido a una variedad de factores, no todos ellos de tipo literario... como, por ejemplo, el del tiempo: ¿quién dispone en el día de hoy de las horas que requiere la lectura de una novela tan densa como aquella a la que debe Leopoldo Alas su celebridad? (También se ha puesto de moda en años recientes *leerse* el *Quijote* en versiones abreviadas... o bien, como ocurre hasta en algunos programas de doctorado de literatura española, ¡ni siquiera tomarse la *molestia* de trabar conocimiento directo con la más grande y trascendente de todas las novelas...!) La narrativa breve, en cambio, resulta ser en primer lugar más abarcable. La de Clarín tiene para el lector contemporáneo una serie de atractivos: unos temas humanos y sociales en su mayor parte tan *relevantes* en la actualidad como lo eran en el último cuarto del siglo XIX; unos argumentos bien contados, con una mezcla de concisión acompañada de detalles descriptivos cuando vienen a cuento; una amplia gama de tonalidades que se extiende desde lo irónico o satírico hasta lo tierno o emotivo; una sensación frecuente de sentimientos íntimos, humanos, detrás de los que se sugiere alguna inspiración autobiográfica por parte del autor; y un punto de vista narrativa

superior, inteligentísimo, que sin embargo no desdénia nunca al lector.

Es importante recordar que, tal como ocurriera en el caso de sus numerosos artículos de crítica, publicaría primero Leopoldo Alas sus relatos en la prensa —a veces en dos o tres periódicos o revistas simultáneamente— antes de recoger la mayor parte de ellos —aunque no todos— en volumen. Son varias las razones, entre las que sobresale la económica: era modesto, sobre todo para un padre de familia, el sueldo de catedrático, pero tenía también nuestro autor ciertas deudas de tipo personal que debía pagar. Pero igualmente importante fue su compromiso en cuanto intelectual y artista para con el público lector burgués de la prensa de aquel entonces, o sea, con *sus* lectores. De ahí, la actitud directa, comprometida, frecuentemente didáctica, de sus ficciones (y la consiguiente dificultad, en más de un caso, para precisar el género al que pertenece un texto suyo...). Escribía el periodista Clarín, uno de los mayores estilistas de la prosa castellana —recuérdese— para ilustrar a la vez que entretener, para *enseñar deleitando*, sin condescendencia ni prédicas, a un extenso público de lectores —y lectoras— de su época: un afán y habilidad comunicativos que atraen con igual intensidad e interés al público lector actual.

Los 128 relatos (cuentos, novelas cortas y fragmentos narrativos) reunidos ahora bajo el título de *Cuentos completos* de Clarín fueron redactados a lo largo de un cuarto de siglo: entre 1876 y 1901. Están caracterizados por una gran diversidad, no sólo —según ya se ha dicho— de temas y tonalidades sino también de técnicas narrativas. La mayor parte de ellos son realistas, aunque no faltan en algunos de éstos elementos fantásticos; otros son puras invenciones de fantasía. Aunque la mayoría están ubicados en un *presente* contemporáneo al de su autor, hay algunos —por ejemplo, los dos relatos situados en

Italia, *Vario* y *Amor' è furbo*-- ubicados en el pasado... o hasta en el futuro (piénsese en el titulado precisamente *Cuento futuro*). Los espacios en que se mueven los personajes clarinianos son en su mayor parte los que conocía su autor: Madrid y sus alrededores, Zaragoza y —sobre todo a partir de su vuelta permanente a Oviedo— el norte de España: ficticios pueblos, aldeas, balnearios y el bucólico campo asturiano. Responden todos, por último, a una de las dos vertientes básicas de la narrativa breve de Alas —la de la cabeza o la del corazón--, constituyendo todos ellos, en su conjunto, una especie de *autobiografía* ficticia de su creador, quien, mediante un proceso de metamorfosis artística, solía transformar en ficción sus propias vivencias.

Antes de repasar aquí las tres etapas básicas del desarrollo de la cuentística clariniana, quisiera volver por un momento al tema de su aparición en la prensa y subsiguiente recopilación en volumen por nuestro autor. Resulta ser éste el proceso normal que seguiría Alas en el caso de la mayor parte de sus relatos, cuyos textos solía enviar por correo a la redacción de la publicación en cuestión en cuanto los terminaba —en el caso de los breves— o bien, al tratarse de una narración más larga, por entregas (así redactó *La Regenta* y así redactaría —con muchísima menos fluidez, según consta la correspondencia con sus editores reproducida luego por Blanquat y Botrel— su segunda y última novela, *Su único hijo*. Entre la versión aparecida en la prensa y la recogida en volumen apenas había, sin contar con erratas subsanadas, una diferencia apreciable, con quizá dos excepciones: el cuento *Vario* (véase los dos textos reproducidos por mí en "*Vario*"... y *varia*) y la novela corta *El caballero de la mesa redonda*, cuya redacción original fue interrumpida por Alas en 1886 y completada, con bastantes retoques estilísticos, nueve años después.

Por razones que se desconocen, aunque en algunos casos se pueden adivinar, otros textos narrativos --según consta en el antes citado “Cuadro cronológico”-- quedarían sin acabar, por lo cual tampoco fueron recopilados en su día por el autor, *condenados* con ello a esperar, pacientemente, en los archivos de hemerotecas para ser *rescatados* y reimpresos muchísimas décadas después por investigadores especializados en la obra de Clarín. Uno de los más interesantes de estos fragmentos es el titulado *Cuesta abajo*, que parece ser un reflejo autobiográfico, *disfrazado* de ficción, de un momento de honda crisis espiritual por la que, al tiempo de redactarlo, estaba pasando su autor.

¿Sería también debido a razones no sólo artísticas sino de índole personal que dejaría Alas otros relatos sin terminar? No se sabe, como tampoco se sabe por qué optaría por no recopilar unos cuantos relatos suyos --algunos de ellos buenísimos-- a posteriori en volumen. Son éstos misterios que llevaría consigo a la tumba su autor.

### **Una autobiografía ficticia**

Se habló antes del proceso de la creación literaria de Leopoldo Alas que le permitía transformar en arte sus propias vivencias, algo que ocurriría ante todo en el caso de la narrativa breve. Al decir “autobiográfico” me refiero no sólo a las vivencias físicas del autor --sus experiencias personales así como otras que le llegarían a la atención, sea mediante la observación ajena, sea mediante la lectura-- sino también a *vivencias* suyas intelectuales o bien emocionales: toda aquella gama que se extiende desde lo conceptual hasta lo emotivo, de la cabeza al corazón. Desde la inspiración hasta la concepción pasaría dicha materia prima por un proceso de metamorfosis que constituye, precisamente, el de la creación. Poco sabemos de los detalles de dicho proceso que sin embargo

se intuye a lo largo de su trayectoria literaria, que puede dividirse en tres etapas fundamentales.

### **1. Narraciones juveniles.**

Corresponde esta etapa a la década larga que pasaría el joven Alas, excepto las vacaciones, en la capital: años de un aprendizaje literario inaugurado por su parte en 1876 --que es cuando, por cierto, adopta el pseudónimo de “Clarín”-- y se extiende hasta el mes de junio de 1882. De esta época se recogen en los *Cuentos completos* una veintena de textos narrativos --terminados unos; otros sin terminar-- de los que su autor recopilaría sólo posteriormente en volumen apenas nueve. Se caracterizan por elementos costumbristas, por las ideas que ilustran, por su exploración de la fantasía, o bien por su parodia mordaz... Son años de experimentación y tanteos durante los cuales irá perfeccionando Leopoldo Alas, rápidamente y a través de una multiplicidad de vertientes, su propia técnica narrativa. Algunos de los más interesantes, como el titulado *Doctor Sutilis* --recopilado por vez primera póstumamente, junto con otros de esta época, en el volumen de las falladas *Obras completas* al que da título--, constituyen una especie de educación sentimental. Hay también interesantísimos relatos de adulterio, triángulos amorosos, personajes lascivos, otros celosos, matrimonios incompatibles, literatas grotescas y sabios cornudos...

Dentro de toda esta galería de narraciones quisiera señalar aquí tres que tienen a juicio mío un interés especial. Ubicado en una ciudad “vetusta” del norte de España y protagonizado por un joven “magistral” que de repente se siente colmado de sentimientos voluptuosos, *El diablo en Semana Santa* (1880), semilla de la escena de la misa del gallo en el capítulo XXIII de *La Regenta*, contiene pasajes de una enorme belleza poética. *La mosca sabia* (1880), por su parte, combina el

lirismo de la expresión amorosa con una brillante riqueza intelectual dentro de un finísimo juego de fantasía y realidad. El que narra ahí en primera persona lo que sería su propia *educación*, tanto formal como sentimental, resulta ser también el primer protagonista animal de Clarín. Por último, en *Un documento* (1882), relato de una gran complejidad formal y un estilo sumamente pulido, da un paso importante Leopoldo Alas hacia el análisis psicológico de personajes así como en la técnica narrativa que desarrollará poco después en *La Regenta*.

## 2. Plenitud narrativa.

Se trata de una década clave —desde el verano de 1882 hasta el de 1892— en la vida y obra de Alas, quien en julio de aquel año contrajo matrimonio en Oviedo con Onofre García Argüelles. Pasarían los novios el siguiente año académico en Zaragoza, en cuya universidad había sido él nombrado catedrático. Allí sufrió la joven esposa, según Cabezas, un aborto, desgracia cuyas huellas se pueden rastrear indirectamente —creo yo— en una novela corta de aquella época, ubicada en parte en Zaragoza y titulada *Las dos cajas* (1883). Trasladada al año siguiente la pareja a Oviedo, donde tomaría posesión Alas de su antes referida cátedra, les nacerían sucesivamente tres hijos: Leopoldo (1884), Adolfo (1887) y Elisa (1890). Publicaría asimismo nuestro autor, cuyos artículos críticos salían con una abrumadora regularidad en la prensa diaria, los dos tomos de *La Regenta*; *Su único hijo* (1890); el volumen de relatos —anteriores todos a la redacción de aquella novela— titulado *Pipá*; el de *Doña Berta. Cuervo. Superchería* (1892)... además de tres recopilaciones de crítica suya y siete *Folletos literarios*. Está al parecer —y desde un punto de vista profesional— en auge; mas la realidad personal es otra: a mediados de la década entra en una profunda crisis depresiva, acompañada también de

padecimientos fisiológicos —incluso los primeros síntomas de la enfermedad que años después pondría fin a su vida—, lo cual, en su conjunto, terminaría entre otras cosas por minarle la confianza que había tenido en sí como novelista, algo que se manifiesta, según documenta su correspondencia con sus editores publicada por Blanquat y Botrel, en el dificultoso y vacilante *engendro* de *Su único hijo*. Uno de los resultados inmediatos de estos sufrimientos sería, pues, una especie de indecisión acompañada de una dificultad en llevar a cabo proyectos literarios anunciados sin embargo con entusiasmo en cartas suyas que datan de la época.

Pese a todos esos obstáculos, llegaría a redactar Leopoldo Alas durante esta época de *plenitud* suya relatos de una madurez y perfección estética cabales. Mencionemos aquí en primer lugar a tres recogidos luego en el libro *Pipá*: la maravillosa comedia *operística*, antecedente —aunque en otra tonalidad— de *Su único hijo*, titulada *Amor' è furbo* (1882); el originalísimo monólogo *fúnebre* con el título *Mi entierro (Discurso de un loco)* (1882), precursor a su vez del sueño de don Pompeyo Guimarán tras asistir al entierro de don Santos Barinaga en el capítulo XXII de *La Regenta*; y la antes referida narración —también de fondo musical— *Las dos cajas*. En segundo lugar, conviene recordar las tres excelentes invenciones que integran el segundo y último volumen de narrativa breve de Leopoldo Alas de esta época: el memorable retrato del “parásito de la muerte” en *Cuervo* (1888); la compleja narración de un momento clave en la vida del protagonista, un “filósofo de treinta inviernos” achacado —como su autor— de aprensiones nerviosas, narrada en *Superchería*; y la triste y conmovedora historia *Doña Berta* (1891), que, tanto en su contenido como en su lirismo, anticipa la nueva vena espiritualista —anunciada ya en *Su único hijo*— que caracterizará una parte

importante de la narrativa clariniana de la época siguiente.

### 3. Madurez y dedicación plena al relato.

A los últimos nueve años de su vida corresponde más de la mitad de la cuentística clariniana, dentro de la que figuran muchos de los títulos suyos más conocidos. Esta producción impresionante, atribuida quizá en parte a un deseo de autoexpresión como respuesta a un continuo deterioro físico, fue recopilada por el autor en tres volúmenes: *El Señor y lo demás, son cuentos* (1893) –cuya primera narración fue suprimida del libro por la censura en el año 1944 en una edición del bolsillo, resultando con ello en un cambio de título–; *Cuentos morales* (1896); y *El gallo de Sócrates* (1901). El antes referido cambio de inflexión en la obra clariniana, cambio vinculado a su vez con otro igualmente hondo en la vida del autor, se ve reflejado en el prólogo a *Cuentos morales*, único ensayo introductorio suyo a una recopilación de ficción, donde le ofrece Leopoldo Alas a su lector un autorretrato junto con un *ars poetica*. Cito a continuación algunos pasajes de interés:

No es lo principal, en la mayor parte de estas invenciones más la descripción del mundo exterior ni la narración interesante de vicisitudes históricas, sociales, sino el *hombre interior*, su pensamiento, su sentir, su voluntad. [. . .]

Yo no soy viejo todavía pero, como si lo fuera... porque ya no soy joven. [. . .] [H]oy me *llena* más el alma (más y mejor ¡parece mentira!) que el amor de mujer la llenó nunca [la idea] del *Bien*, unida a la palabra que le da vida y calor: Dios. [. . .]

[M]i *leyenda* de Dios queda, se engrandece, se fortifica, se depura; y espero que me acompañe hasta la hora solemne, pero no terrible, de la muerte.

Siendo tan prolífica la narrativa breve clariniana de esta época, tendré que ceñirme aquí a un número limitado de

textos que me parecen de especial interés. En el volumen encabezado por *El Señor* (1892) sobresale con creces dicha novela corta, la conmovedora historia del callado amor que atormenta al sacerdote protagonista, especie de versión *buena* del de *La Regenta*. También conmueven la hermosa fábula titulada *La rosa de oro* (1893) con que se cierra el volumen así como el estremecedor relato de una crisis recreada en *Cambio de luz* (1893), y deja una impresión duradera la mezcla de sinceridad con una ironía mordaz en *Rivales* (1893), *Benedictino* (1893) y *Rivales* (1893). De entre los veintiocho *Cuentos morales* son especialmente memorables los de una honda sinceridad, como, por ejemplo, la profunda tristeza y lirismo de *El dúo de la tos* (1894); la indagación en el acto creador en *Vario* (1894); o la recreación de la envidia en *Cristales* (1893). Pese a la negación de nuestro autor en el prólogo al libro –“No digo *Cuentos morales* en el sentido de querer, con ellos, procurar que el lector de edifique, como se dice”–, muchos de los relatos comprendidos en él ilustran vicios y pecados humanos. Finalmente, en *El gallo de Sócrates* sobresalen el cuento de dicho título (1896), donde se podría ver una filosófica preparación de parte de Alas para su propio final; el agudo e irónico estudio humano en *Dos sabios* (1899); y la imposibilidad de cualquier compenetración emocional entre el hombre y la mujer en *El entierro de la sardina* (1897) y *Aprensiones* (1901). El último texto, *Reflejo (Confidencias)* (1900), donde se borra la frontera entre realidad y ficción, ofrece un (auto)retrato veraz del escritor en su soledad, resignado ante la inevitable muerte.

### Conclusión

Largo ha sido nuestro recorrido de la obra del *Clarín cuentista* de cuya figura he sido tan amablemente invitada por los organizadores del presente ciclo

conmemorativo a ocuparme aquí, en el Ateneo de Madrid. Espero que tanto mis comentarios acerca de la narrativa breve de Leopoldo Alas como mis observaciones de tipo introductorio hayan interesado al público, cuya atenta asistencia a esta **Obras citadas**

conferencia sólo me queda ahora por agradecer.

**Carolyn Richmond**

Madrid el 22 de mayo de 2001

*ABC Cultural*, N.º. 469 (20 enero 2001), 1-22.

Alas, Adolfo, ed. *Epistolario a Clarín: Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés*, Madrid, Escorial, 1941.

---, ed. *Epistolario: Marcelino Menéndez y Pelayo, Leopoldo Alas (Clarín)*, Madrid, Escorial, 1943.

Alas, Leopoldo, “Clarín”, *Cuentos completos*, ed. Carolyn Richmond, 2 vols., Madrid, Alfaguara, 2001.

---. *Obras completas*, 4 vols., Madrid, Renacimiento, 1913-1929. [Vol. I, *Galdós*; II, *Su único hijo*; III, *Doctor Sutilis*; IV, *Doña Berta, Cuervo, Superchería*].

---. *La Regenta*, ed. Gonzalo Sobejano, Madrid, Noguer, 1976.

---. *Siglo pasado* [1901], ed. José Luis García Martín, Gijón, Libros del Pexe, 1999.

---. *Su único hijo*, ed. Carolyn Richmond, 2ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1990.

*Archivum*, Vol. 2, N.º. 1 (1952).

Azorín [José Martínez Ruiz], “Oviedo: En la biblioteca de Clarín”, *Los clásicos redivivos—Los clásicos futuros* [1945], Madrid, Aguilar, 1948.

Blanquat, Josette y Jean-François Botrel, *Clarín y sus editores. 65 cartas inéditas de Leopoldo Alas a Fernando Fe y Manuel Fernández Lasanta, 1884-1893*, Rennes, Université de Haute-Bretagne, 1981.

*Cabezas*, Juan Antonio, “Clarín”, el provinciano universal [1936], Madrid, Espasa-Calpe, 1962.

*Época*, N.º. 851 (8-14 Junio 2001), 74-77.

*Ínsula*, N.º. 76 (Abril 1952).

*La Vanguardia*, “Libros” (8 Junio 2001), 1-7.

Pérez de Ayala, Ramón, “Clarín’ y don Leopoldo Alas”, en *Doña Berta, Cuervo, Superchería*, Buenos Aires, Emecé, 1943, 7-26.

*Posada*, Adolfo, Leopoldo Alas, “Clarín”, *Oviedo, La Cruz*, 1946.

*Richmond, Carolyn, ed.*, “Vario”... y varia: Clarín a través de cinco cuentos suyos, *Madrid, Orígenes*, 1990.

---. “*Liberal convencido*” [“*De centenarios y otras ocasiones: In memorium de Clarín*”], *El País*, “*Babelia*” (9 junio 2001), 10.

Carolyn Richmond es catedrática emérita de literatura española en la City University of New York.